

Rosa María Díez Cobo (edición y prólogo), *Arquitectura inquietantes. Antología de relatos de casas encantadas*, Eolas Ediciones, León, 2022. ISBN 978-84-18718-86-1.

Rosa María Díez Cobo es experta en casas monstruosas. Entre sus artículos académicos se encuentran «Arquitecturas del hogar invertido: reescribiendo la casa encantada» y «Espacios liminares: metamorfosis monstruosas de la casa en textos de Daína Chaviano y Mariana Enríquez», relevantes investigaciones sobre novelas escritas por mujeres en las que los ambientes constituyen la piedra angular de las narraciones. El año pasado publicó en Eolas Ediciones la magnífica antología *Arquitecturas inquietantes*, que incluye quince relatos escritos entre 1981 y 2019. Se trata del vigésimo segundo volumen de la colección «Las Puertas de lo Posible», bajo la dirección de Natalia Álvarez Méndez y Ana Abello Verano, que se ha convertido en un referente de la literatura no mimética e incluye cuento, novela, ensayo y microrrelato escrito por plumas de la talla de José María Merino, Luis Mateo Díez y Rosalba Campra, además de autores más jóvenes con obras ya sólidas como Ana Martínez Castillo, Iliana Vargas o Cristina Jurado. Entre los antologadores de la colección destacan los investigadores David Roas, Ana Casas y Teresa López-Pellisa, y entre los clásicos de lo imposible brillan los nombres de Emilia Pardo Bazán y Ramón Gómez de la Serna. Díez Cobo se

suma a este festín de creadores y estudiosos con una impecable selección de relatos a la que debe accederse bien sujetos de la barandilla y con cuidado de no tropezar o perderse en los perturbadores laberintos.

El libro llama la atención desde el título y la sugerente ilustración de Daniel Blanco Cobián, y las primeras líneas del prólogo —también a cargo de Díez Cobo— advierten al lector sobre su contenido y siembran la semilla del desasosiego: «Casas embrujadas, encantadas, malditas impuras...», muchos son los calificativos en español que se pueden adjudicar a los espacios hogareños que, desde lo insólito, revierten o malogran el objetivo, en principio universal de proveer amparo y bienestar». Más adelante, la autora hace un ágil recorrido por observaciones de autores como Noël Carroll, Stephen King, Sigmund Freud y Julia Kristeva en torno a la monstruosidad de los ambientes, de los «lugares malos» que cobran vida en la ficción. Horace Walpole, Anne Radcliffe y Edgar Allan Poe también iluminan este prolegómeno, y autores recientes como Patricia García y Stephen Graham Jones terminan de apuntalarlo. Se exponen, asimismo, las categorías en las que pueden inscribirse los relatos: la «casa agente» o «fagocitadora», con un alto nivel de con-

ciencia; la «casa paródica o subversiva», rompedora de los lugares comunes sobre el tema; las «casas homenaje», cimentadas en textos anteriores, y las «casas cíclicas», en donde además de una distorsión espacial, existe una de carácter temporal.

La procedencia de los autores es diversa, pero todos son contemporáneos y pertenecen al ámbito hispánico. Voces de España, México, Chile, Argentina, Perú, Ecuador y Venezuela confluyen en esta antología y demuestran que las edificaciones terroríficas no tienen nacionalidad ni preferencia geográfica. Las más temibles, sin duda, son las «fagocitadoras», pues estas se empeñan en atacar a los moradores, confundirlos, cuestionar su realidad y, en algunos casos, aniquilarlos. Es el caso de «Un flamante apartamento», de José Luis Velasco, relato inaugural del volumen cuyo protagonista lidia con un espacio bromista hasta que sus chanzas van subiendo de tono y hacen tambalear la solidez de su mundo. «La casa inútil», de Thomas Harris, constituye una amenaza aún más latente para sus moradores, quienes deben defenderse de ella no solo desde el plano psicológico, sino con uñas y dientes. «Habitante», de Patricia Esteban Erlés, describe un piso obsesivo con un afán por controlar a los moradores. «La Maga», de Elia Barceló, es el relato más extenso del volumen y describe, mediante una serie de cartas, la perturbadora enajenación que una hermosa residencia provoca en la narradora y sus familiares. «La casa de Adela», de Mariana Enríquez —cuyos ecos resuenan en su novela *Nuestra*

*parte de noche*—, constituye un magnífico ejemplo de la manera en que lo fantástico puede funcionar como una metáfora de la realidad política de un país, ciertamente mucho más terrorífica que la ficción.

Entre las «casas paródicas o subversivas» se encuentra «Una noche de invierno es una casa», de Cecilia Eudave, relato que establece un puente entre una serie de hechos domésticos extraños con la cotidianidad y los conflictos de una pareja. El microrrelato «La casa embrujada», de Fernando Iwasaki, presenta una trama inesperada con reminiscencias góticas. «La casa feliz», del maestro José María Merino, transgrede las fronteras espaciales y muestra un lado lúdico y optimista de los hogares. «La lepra de las casas», de Ana María Shua, describe la respuesta de las viviendas impuras ante los esfuerzos por descontaminarlas. En «Calamidad doméstica», de Solange Rodríguez Pappe, un grupo de mujeres fantasmales habita en el sótano de una casa dominada por un patriarca. Resulta sobrecogedora la percepción de los hombres por parte de las protagonistas, quienes, a pesar del encierro y el maltrato, no cesan en su intento de permanecer cerca de ellos.

«La casa vacía», de David Roas, y «Casa volada», de Gemma Solsona Asensio, pertenecen a la categoría de las «casas homenaje». En el primer caso, el protagonista acecha una residencia lovecraftiana en Providence hasta darse de bruces con el terror que anhelaba hallar dentro. En el segundo, Solsona retoma a Julio e Irene, los protagonistas de la «Casa tomada», de

Cortázar, y propone una trama y un final alternativos para la pareja.

Finalmente, entre las «casas cíclicas» se incluye «En la ruta», de Gustavo Nielsen, impactante relato sobre un hombre que se ve forzado a hacer una parada en una carretera pampeña y busca refugio en lo que resulta ser una verdadera pesadilla. En «La casa muerta», de Alina Gadea, la narradora busca revivir un inmueble mientras este invade su psique y altera su personalidad. «La maldición de la casa Arteaga», de Yoselin Goncalves, presenta a una madre soltera que enfrenta las anomalías de su nuevo hogar junto con sus cinco hijos.

La selección de Rosa María Díez Cobo es atinada y equilibrada, pues, además de la alta calidad literaria de todos los relatos, estos conforman una muestra hete-

rogénea de las posibilidades que ofrece el motivo de la casa encantada. Los diversos autores ofrecen novedosos tratamientos e incorporan elementos críticos que demuestran que la finalidad de lo fantástico no se reduce a infundir miedo: la violencia de género, la represión política, los conflictos domésticos, la falta de libre albedrío, el fanatismo religioso. Asimismo, el humor y el terror más puro también están presentes en esta antología que permite reafirmar la maestría de autores consolidados e invita a profundizar en la lectura de los escritores que Díez Cobo nos presenta.

CLAUDIA CABRERA ESPINOSA

Colegio de México

claudia.cabrera.espinosa@gmail.com

